



Alejandro  
Palomas  
Un hijo

DESTINO



Diseño gráfico de la portada: adaptación sobre un diseño  
de Mariano Rolando  
Fotografía de la portada: “Free your mind” de Catrin Welz Stein  
Ilustraciones del interior: Teo  
Esta novela ganó el Premio Joaquim Ruyra 2014

© Alejandro Palomas, 2019  
© Editorial Planeta Colombia S. A., 2019  
Calle 73 No. 7-60, Bogotá (Colombia)  
[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

Primera Edición: Mayo de 2019

ISBN 13: 978-958-42-7678-0  
ISBN 10: 958-42-7678-6

Impreso por: XXXXXX

Impreso en Colombia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

El camino es el mismo para todos.  
El destino también.

# I

## EL PRINCIPIO DE TODAS LAS COSAS

# Guille

TODO EMPEZÓ el día que la señorita Sonia preguntó una cosa. En las ventanas había un sol amarillo muy grande y las hojas de las palmeras se movían como cuando papá se despierta temprano y me dice adiós con la mano en la puerta del cole, y como es invierno lleva puestos los guantes verdes.

La señorita Sonia se levantó de su mesa, que es la del profesor porque es la más grande, y dio un par de palmadas que llenaron el aire de tiza. También tosió un poco. Nazia dice que es por la tiza, que te deja la garganta como si te comieras un polvorón y se te quedara la saliva seca, y a veces, si no bebes agua, te vomitas encima.

—Ahora, antes de salir al recreo, quiero que me respondan a una pregunta, niños —dijo. Luego se volvió hacia la pizarra, cogió una tiza roja y escribió con letras muy grandes:

## QUÉ QUIERO SER DE MAYOR

Enseguida levantamos la mano. Todos, hasta Javier Aguilar, que solo tiene una, porque la otra no salió cuando nació, y la mueve así en el aire, muy rápido. La señorita dijo que no con la cabeza una y muchas veces, más de cinco.

—Por orden, niños.

Empezamos por la primera fila y seguimos hasta la última, que es donde me siento yo. La seño apuntó en total:

Tres futbolistas del Barcelona, dos del Madrid, uno del Mánchester y un Iniesta

Seis Rafa Nadal

Dos modelos muy altas Una princesa (Nazia) Un médico rico

Tres Beyoncés Un Batman

Un piloto de nave espacial de videojuegos

Dos presidentes del mundo (los gemelos Rosón) Una famosa de las que salen en la tele por la noche Una veterinaria de perros grandes

Una ganadora de *La Voz Kids*

Un campeón del mundo en las olimpiadas

Cuando me tocó a mí, Mateo Narváez se echó un eructo y todos se rieron, pero enseguida se callaron porque a la señorita no le gustan nada los eructos ni los pedos, y puso la cabeza así y dijo: «Chsstttttt, Mateo» dos veces.

Y luego me miró.

—¿Guillermo?

Nazia me dio un codazo y se rio, tapándose la cara con las manos. Siempre se tapa la cara porque dice que en Pakistán, si las niñas se ríen en alto y con la boca abierta, está mal y los padres se enfadan.

—A mí... a mí me gustaría ser Mary Poppins —dije. La señorita se puso la mano en el cuello y me pareció que a lo mejor se había acatarrado y que le dolía la garganta, aunque no me dio tiempo de preguntar porque enseguida sonó la campana y empezamos a sacar los bocadillos de las mochilas para salir al patio.

—Tú quédate un momentito, Guillermo, hazme el favor —dijo. Y después—: Los demás, pueden salir.

Cuando todos se fueron, la señorita vino hasta mi pupitre y se sentó en la mesa de Arturo Salazar, que no viene a clase desde antes de Navidad, porque un día fuimos de excursión a un museo donde guardan muchos planetas y se cayó por una escalera y se rompió una pierna, cinco dientes y dos dedos.

—A ver, Guillermo, cuéntame eso de que te gustaría ser Mary Poppins cuando seas mayor... —dijo.

No contesté porque Nazia, que muchas tardes se sienta en la caja del súper con su madre y sabe muchas cosas de la gente mayor, dice que cuando los clientes acaban la frase así, como para arriba, es que no han terminado de hablar y hay que esperar porque están pensando.

—¿No preferirías ser... otra cosa? —preguntó la señorita, tocándose la peca que tiene a un lado de la boca.

—No, señor.

La señorita Sonia hizo «bfffff» por la nariz y sonrió. Entonces me acordé de que mamá me había dicho que, a veces, cuando las personas que no son niños se callan, no es que hayan terminado de hablar, sino que paran para no ahogarse o algo, ahora no me acuerdo, así que seguí sin decir nada.

—Y dime, Guillermo —dijo, sacando el aire por la nariz como el gato de la señora Consuelo, que era la portera de casa antes de que nos cambiáramos al piso de ahora—. ¿Por qué te gustaría ser Mary Poppins?

—Porque vuela, señor.

La señorita hizo «mmmm» y luego se rascó la frente un poco.

—Pero los pájaros también vuelan, ¿no?

—Sí.

—Y tú no quieres ser un pájaro, ¿verdad que no?

—dijo.

—No.

—¿Por qué no?

—Pues... porque si fuera un pájaro, no podría ser Mary Poppins.

La señorita volvió a echar el aire por la nariz y como no dijo nada más, nos quedamos callados otra vez un rato largo. Luego arrugó la boca hacia un lado, como hace papá a veces, y carraspeó.

—Y dime —dijo—: ¿por qué más cosas te gustaría ser Mary Poppins?

—Pues... porque tiene un paraguas que habla y una maleta antigua de la que salen muchos muebles gratis... y poderes para que los cajones se ordenen solos... y porque cuando no está trabajando vive en el cielo, aunque también bucea en el mar con los peces y los pulpos.

—¿En el cielo?

—Sí.

La seño cerró los ojos muy despacito. Luego me hizo así en la cabeza, como despeinándome bastante.

—Guille —dijo—. Tú sabes que Mary Poppins es... mágica, ¿verdad que sí?

—Claro.

—Quiero decir que no es como nosotros.

—Sí.

—Lo que quiero decirte es que Mary Poppins es un personaje de cuento, como Superman, o como Harry Potter o Matilda... o Bob Esponja. O sea que existen, pero no existen. ¿Lo entiendes?

—No.

—Pues que no son como nosotros porque solo existen en la fantasía —dijo. Y también—: O lo que es lo mismo: no podemos tocarlos porque son... inventados.

—Mary Poppins sí que existe.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Me miró y sonrió un poco.

—¿Y dónde está?

—Ahora no lo sé, pero vive en Londres, porque allí hablan inglés. Yo la conocí. En agosto, cuando lo del puente de la Virgen, mamá y papá me llevaron de viaje a verla. Vivía en un teatro con sus animales y cantaba. Y cuando terminó y todos se fueron, nos dejó entrar en su habitación y me contó cosas.

La seño se tocó la peca.

—Ajá —dijo. Y después—: ¿Cosas como cuáles?

—Es que son un secreto, seño.

Entonces sonó el timbre que dice que ya llevamos la mitad del recreo gastado y la seño se volvió a mirar el reloj grande que está encima de la pizarra.

—Ya —dijo. Se quedó callada como si pensara muy seria y luego se dio la vuelta—. Bueno, ahora sal al patio. A ver si no te va a dar tiempo de comerte el bocadillo. —Mientras yo guardaba los libros en el cajón y sacaba el bocadillo de la cartera, ella se fue a su mesa, se sentó y se puso a escribir una cosa en su libreta y yo salí al pasillo. Nazia me esperaba delante de los baños. Cuando llegué, me dio la mano y me dijo:

—¿Por qué has tardado tanto?

—Por nada.

—¿Te ha castigado la seño?

—No.

—Ah.

Se apartó un poco el velo rosa de la cabeza y tomó un poco de zumo. Y también dijo:

—Vamos, corre. Quiero enseñarte una cosa.

## *Sonia*

TODO EMPEZÓ la tarde en que decidí hacer la llamada que llevaba posponiendo desde hacía unas semanas.

—Me gustaría hablar con usted de Guille, señor Antúnez —le dije al hombre que me escuchaba al otro lado de la línea. Se hizo un pequeño silencio y enseguida él quiso saber más, pero me limité a aclararle con un tono suave aunque firme—: Si no le importa, preferiría comentarlo con usted en persona aquí, en el centro.

Quedamos en vernos un par de días después. Cuando Manuel Antúnez llegó al colegio, era el turno del almuerzo de los más pequeños y el alboroto procedente de los comedores de la planta baja se oía desde el pasillo. Le esperé en la sala de profesores. Después de estrecharnos la mano, le hice pasar a un despacho más pequeño que tenemos reservado para las entrevistas con los padres. Manuel Antúnez es un hombre joven y corpulento, de poco más de treinta años, pelo negro, barba descuidada, ojos oscuros y un poco achinados, los brazos fuertes y unas manos grandes de uñas cuadradas. Cuando estuvimos sentados, no se anduvo por las ramas.

—Usted dirá —dijo.

Decidí ser igual de directa.

—Pues verá —empecé—: le he llamado porque estoy un poco preocupada por su hijo.

No pareció extrañarle. En realidad, todos los padres saben que cuando los llamamos a una reunión es porque algo no va bien y suelen venir entre expectantes y a la defensiva, algunos incluso con miedo. Según había podido leer en la ficha de Guille, Manuel Antúnez es mecánico aeronáutico. La ficha también añadía un paréntesis: «(en paro reciente)». Cuando le miré a los ojos, me parecieron tristes.

Antes de que él pudiera decir nada, preferí adelantarme:

—He pensado que quizá podría ayudarme a... descifrar algunas cosas de Guille —empecé.

Arqueó una ceja.

—¿A descifrar? —preguntó, pillado un poco por sorpresa. Enseguida soltó una carcajada seca que no consiguió disimular esos nervios tan típicos de muchos padres cuando vienen a verme durante el curso—. Vaya —continuó, mesándose la barba—. Eso suena casi a detectives, o a serie de polis americana.

Me di cuenta de que no se sentía cómodo e intenté que se relajara.

—Lo que quiero decir es que quizá pueda ayudarme a entender mejor a Guille.

Asintió, a la vez que bajaba durante un instante los ojos. Le sonreí y eso pareció tranquilizarle, porque también él sonrió, aunque tímidamente.

Enseguida vi en la suya la sonrisa de Guille. La mirada era sin embargo muy distinta. En la de Manuel Antúnez había una especie de tristeza que Guille no tenía. O quizá fuera melancolía.

—Vale —dijo, pasándose otra vez la mano por la barba—. Cuento conmigo.

Inspiré hondo antes de volver a hablar.

—Ante todo quiero que sepa que Guille es un niño estupendo y nada problemático. Al contrario: su actitud en clase es inmejorable. No hay déficit de atención, es activo y parti-

cupativo, optimista, muy entusiasta y tiene valores que pueden aportar cosas muy válidas al grupo.

El señor Antúnez inclinó la cabeza a un lado y también suspiró, pero no dijo nada. Esperé. Por fin, pareció reaccionar.

—Sí, Guille es un niño... especial.

—Usted lo ha dicho —dije—. Esa es la palabra: especial.

Noté que se le arrugaba la frente y que tensaba el gesto. Una vez más, hubo algo en su mirada que me puso en alerta. Enseguida vi que su «especial» y el mío no eran la misma palabra. No, no tenían nada que ver.

—No se preocupe —dijo con una mueca de irritación—. Ya sé lo que va a decirme: que es un niño muy sensible, que solo se junta con las niñas y que en vez de jugar al fútbol o al baloncesto en el patio como sería lo normal anda por ahí leyendo cuentos de hadas y todas esas bobadas.

Me tensé. No me gustó su tono de voz. El mensaje tampoco.

—No hace falta que me lo diga —añadió con el mismo tono desagradable, levantando una mano y enseñándome la palma—. Ya nos lo dijeron en la otra escuela. Y también que los demás niños estaban empezando a hacerle el vacío, eso cuando no había alguno que se reía de él. —Me miró desafiante. Luego una sombra le veló la mirada—. Es cosa de su madre. Desde pequeño, Guille ha estado siempre demasiado pegado a sus faldas, y bueno... de ahí viene lo de «especial», como usted dice.

Quise cortarle, pero no me dejó.

—Pero eso es pasajero. Ahora que estamos los dos solos, hemos empezado a pasar más tiempo juntos y a compartir más cosas. Ya sabe, de hombre a hombre... Así que si lo que quiere decirme es que Guille es... un poco raro, se lo puede ahorrar, porque mejor que yo no lo sabe nadie y ya le estoy poniendo remedio.

Tuve que tragar saliva para contener la ira. En ningún caso me había preparado para una situación como la que tenía delante. Manuel Antúnez estaba muy lejos de la imagen que yo me había hecho del padre de un niño como Guillermo. En cuestión de minutos, la sorpresa había dejado paso al asombro. Y el asombro estaba empezando a convertirse en rabia.

—Señor Antúnez, me entristece mucho oírle hablar así de Guillermo, la verdad —dije, intentando contenerme—, sobre todo porque esto nada tiene que ver con el motivo de mi llamada. —Me miró y volvió a arquear la ceja, sorprendido—. Sinceramente, si cree que le he hecho venir para juzgar a su hijo, o para descalificarle, siento decirle que se equivoca.

Manuel Antúnez se echó hacia delante en el asiento y se mesó despacio la barba. De nuevo una sombra de tristeza asomó a sus ojos. Fue solo un instante, pero la expresión de la cara se le oscureció por completo. Al verle así, entendí de pronto que me había equivocado creyendo que podía esperar de él una cooperación que evidentemente no iba a llegar, de modo que cambié de estrategia e hice algo que detesto.

Mentí.

—Señor Antúnez, esta conversación no es más que una entrevista rutinaria. Guille es nuevo en el centro y tenemos la costumbre de hacer un seguimiento más cercano de los alumnos recién llegados.

—Ah —dijo, asintiendo despacio.

—Soy consciente de que llevamos poco más de dos meses de clase y de que los niños, sobre todo a esta edad, reaccionan de maneras muy distintas a un cambio de escuela. Si a eso le sumamos la ausencia de su madre, hay que entender que el proceso pueda resultar más... complejo.

No dijo nada.

—Las separaciones de los padres, sobre todo a la edad de

Guille, pueden ser muy difíciles —añadí con una sonrisa profesional.

Él volvió a tensarse y levantó bruscamente la mano, como ordenándome que me callara.

—Bueno, separación, lo que se dice separación... tampoco es eso exactamente —saltó, a la defensiva. Enseguida pareció darse cuenta de que había utilizado un tono demasiado seco e intentó corregirlo—. Lo nuestro es por trabajo. Amanda, mi mujer, es azafata y, bueno..., como las cosas están como están, llevaba un año en paro y en agosto le salió una oferta en una compañía de jets privados de Dubái. No tuvimos mucha elección, la verdad. Tal como está el patio, y después de haberme quedado yo en la calle... Imagínese. —Y antes de dejarme preguntar, añadió—: Pero es algo temporal. De momento serán solo seis meses.

Nos miramos durante un par de segundos sin decir nada. Al ver que el silencio se alargaba y él no parecía dispuesto a decir más, intervine.

—Entiendo —dije—. Desgraciadamente, cada vez conozco más casos —añadí con tono conciliador. Él bajó la mirada durante un segundo—. No me malinterprete, señor Antúnez. Solo quiero decirle que Guille ha tenido que asimilar dos cambios muy importantes y muy repentinos, y que hay algunas... cosillas en su actitud diaria que me resultan llamativas, nada más. Por eso he pensado... ¿cómo decirlo? Hacerle un seguimiento más detallado, ya que la escuela ofrece esa posibilidad.

—¿Un... seguimiento? Inspiré hondo.

—Sí —dije, mirándole a los ojos—. Creo que sería bueno para Guille tener una entrevista con la orientadora del centro.

—¿La... orientadora?

Asentí.

—Eso he dicho, sí.

Bajó durante un segundo la mirada y cerró las manos sobre la mesa. Me pareció verle un tatuaje en la muñeca, una especie de inscripción que se perdía brazo arriba por debajo de la camisa. Adiviné lo que venía a continuación y me preparé para oírlo.

—Mire, señorita Sonia, no se lo tome a mal, pero mi hijo no necesita ninguna orientadora —dijo, volviendo a levantar la vista. Y luego, casi como si hablara consigo mismo, añadió entre dientes—: Mi hijo a quien necesita es a su madre.

Supe entonces que no me había equivocado al convocarle a la entrevista y también que no le dejaría salir de mi despacho sin que me hubiera dado su aprobación para que Guille tuviera esa primera sesión con María, nuestra psicóloga.

Así que decidí añadir una marcha más a la conversación y echar mano de mi plan B.

—Señor Antúnez, creo que hay un par de cosas que le gustaría saber —dije.

Él me miró con desconfianza. Su mirada era la de un padre que quiere saber pero que no quiere oír.

Desde hace unos años, en que las cosas están como están, cada vez son más los casos como el de Manuel Antúnez: padres con demasiados problemas para salir adelante, demasiado preocupados por el día a día y por poner solución a lo más cotidiano como para cargar con más peso en sus mochilas. Manuel Antúnez se encogió de hombros.

—Estoy segura de que le interesarán —insistí.

Inclinó la cabeza a un lado y parpadeó. Con la mano derecha se acarició el tatuaje que le asomaba bajo la manga del brazo contrario. Fue un gesto de duda.

—Créame —insistí.

## Manuel Antúnez

TODO EMPEZÓ un día en el despacho de la señorita Sonia, la tutora de Guille. Llevábamos un rato de entrevista, ella soltándome el rollo de que a Guille tenía que verle la psicóloga de la escuela —«la orientadora», la llamó— y yo cansado de escucharla y a punto de levantarme y largarme. Pero entonces dijo algo que me pudo:

—Creo que hay un par de cosas sobre Guille que le gustaría saber, créame.

Volví a apoyar la espalda contra el respaldo de la silla.

—¿Cosas? —pregunté.

La señorita Sonia asintió despacio. Es una mujer joven, de pelo castaño oscuro y ojos negros y brillantes. Y guapa, aunque tiene la mirada dura y cuando sonrío parece mayor.

—Sí —respondió.

—Usted dirá.

Inspiró hondo antes de hablar.

—En primer lugar debe saber que Guille no es un niño demasiado... popular entre sus compañeros. —No dije nada. Por su cara entendí que había más—. Vive en su mundo, aparentemente feliz, pero aislado del grupo. De hecho, desde que empezó el curso prácticamente solo se relaciona con Nazia, la niña paquistaní que también ha empezado este año en el centro y que, según tengo entendido, es vecina suya, ¿no?

—Sí —respondí—. Es la hija de los dueños del supermercado que tenemos debajo de casa.

—Eso creía, sí.

—Buena gente. Van un poco a lo suyo, ya sabe, con sus cosas y eso, pero son de buena pasta.

Ella sonrió, aunque la sonrisa duró un momento y desapareció.

—Está además la pasión de Guille por la lectura —dijo moviendo un poco las manos al hablar—. Guille lee sin descanso: en el comedor, en el recreo, entre clase y clase... y las cosas que lee no son exactamente las típicas de su edad. Son lecturas más... avanzadas, diría yo. No sé si está usted al corriente.

Esta vez el que sonrió fui yo. ¿Que si estaba al corriente, decía? ¿Cómo no iba a estar al quite de que mi hijo leía a todas horas? Estuve a un tris de soltarle alguna, pero me callé. Luego, como vi que seguía esperando, dije:

—Lo de la lectura lo ha heredado de Amanda. En eso son clavaditos. Y no es en lo único. Amanda puede pasarse horas leyendo. Siempre ha sido así. Hay veces que lee hasta cuando camina por la calle, así que imagínese. Hasta dónde llegará la cosa que me la he encontrado leyendo en el súper mientras empuja el carrito de la compra o cuando cocina...

—Ya, entiendo —dijo. No sonreía.

En ese momento se oyó un griterío y un montón de niños pasaron corriendo por la ventana que daba al pasillo. Estiré el cuello, intentando reconocer a Guille, pero no le vi. La señorita esperó a que se marcharan.

—Aparte de la lectura, hay un par de cosas que también me han llamado la atención —volvió a hablar—. La primera es la fijación que tiene Guille con... Mary Poppins. —No dije nada. Nos miramos durante unos segundos y esperé a que siguiera hablando—. Ya me había parecido un poco llamativo al principio, pero, bueno... reconozco que al ser un

niño que acababa de llegar de otro centro no quise darle más importancia. Con frecuencia los niños de esta edad hacen suyos todo tipo de personajes fantásticos y a veces llegan a... ¿cómo decirlo?, a adoptarlos como un miembro más de la familia. De su mundo interior, ya me entiende.

—Sí, claro.

—Pero ayer, durante la clase, ocurrió algo, un pequeño incidente que me ha puesto sobre aviso. Por eso he decidido llamarle, porque me gustaría comentarlo con usted.

Por su voz la noté preocupada y se me encogió un poco el estómago. De repente se me ocurrió que lo que estaba a punto de decirme no iba a gustarme, y por un momento maldije a Amanda por no estar allí sentada conmigo. «Tendríamos que estar aquí los dos, Amanda. Juntos. Como antes, maldita sea», pensé mientras intentaba concentrarme en lo que la señorita tenía que contarme.

Pegué la espalda al respaldo de la silla y tragué saliva.

—Usted dirá —dije.

\* \* \*

Una hora más tarde, cuando pasé a tomarme una birra al bar de la esquina de camino a casa, seguía dándole vueltas a los últimos minutos de mi conversación con la profesora de mi hijo:

«Lo que me ha hecho pensar que sería aconsejable tener una entrevista con la orientadora del centro para una pequeña exploración no es que Guille quiera ser “como Mary Poppins” cuando sea mayor, señor Antúnez», había dicho. «Sabemos que los niños se proyectan en el futuro de maneras muy distintas, y desde luego Mary Poppins es una figura con valores nada preocupantes. Al contrario: diría que es un modelo muy positivo».

Yo había respirado, reconozco que un poco aliviado.

«Lo que me llama la atención no es que Guille quiera ser “como ella”, sino que quiera “ser ella”», había aclarado, haciendo girar el bolígrafo entre los dedos sin dejar de mirarme. «Hay una gran diferencia entre querer ser como alguien y querer ser alguien, señor Antúnez, y creo que eso, unido a su aislamiento del grupo y a su... hipersensibilidad, hace que merezca la pena averiguar si hay algo que Guille está intentando decirnos: de su mundo, de sus temores... quién sabe. Quizá Mary Poppins no sea más que la punta del iceberg».

Yo no había sabido qué decir. Ella me había dado un par de pequeñas palmadas en el brazo y me había sonreído con esa sonrisa de listillas sabelotodo que las profesoras reparten a los padres como si fuéramos idiotas.

«María, la orientadora del centro, ya está al corriente. No es la orientadora habitual, porque Isabel, la psicopedagoga que trabaja habitualmente con nosotros, está de baja por maternidad hasta el trimestre que viene. Aun así me consta que es una gran profesional, ya lo verá», había dicho, abriendo su agenda y sacando una tarjeta de visita que me pasó por encima de la mesa. «Me he tomado la libertad de concertarle a Guille una primera visita con ella para la semana que viene». Y había añadido, esta vez con voz más suave: «Si a usted le parece bien, por supuesto».

Mientras me terminaba la cerveza, volví a pensar en Amanda y cuando saqué su foto de la cartera saqué también el papel de la cita con la orientadora que me había dado la señorita Sonia. Decidí que Amanda habría hecho lo mismo que yo y en ese momento oí su voz en mi cabeza. «Bien hecho, Manu. Ya sabes lo que hemos dicho siempre: “Mejor saber”», me pareció que decía entre el trajín de los camareeros y la música de la radio. Sonreí. «Siempre es mejor saber»: esa es una frase muy de Amanda, esa y también: «Nunca un paso atrás, Manu. Por muy mal dadas que vengan».

Me levanté, pasé a pagar por la caja y salí a la calle. Justo cuando estaba a punto de cruzar, me vino a la cabeza la segunda cosa que la señorita me había dicho después de lo de Guille y Mary Poppins. Volví a verla allí sentada, llevándose el bolígrafo a los labios como hacen los médicos o como si le costara mucho decir lo que tenía que decir, y también me acordé de que había apretado un poco la mandíbula antes de hablar.

«Pero lo que más me llama la atención», había dicho, arrugando la frente, «es que desde que ha empezado el curso, Guille nunca ha hablado de su madre, señor Antúnez. No la ha mencionado ni una sola vez».

Nos habíamos quedado callados los dos. Yo, porque no sabía qué decir, y supongo que ella porque esperaba que yo dijera algo. Me acordé de que me había aclarado la garganta y de que ella se había recostado contra el respaldo de su silla. Luego, como si pensara en voz alta, había añadido:

«Es como si para su hijo su madre no existiera».

# María

TODO EMPEZÓ con un sobre. O quizá no, quizá sería más exacto decir que todo empezó un poco antes.

Una tarde, hace un par de días, Sonia, la tutora de cuarto, vino a verme al despacho. Quería hablarme de un alumno de su clase.

—Es Guille —dijo, revolviendo el té de su taza con la cucharilla de plástico—. Creo que ya te he hablado de él alguna vez.

—Sí, lo recuerdo —dije—. El niño al que le gusta tanto Mary Poppins, ¿verdad?

Asintió.

—Me gustaría que le vieras.

Sonreí. Aunque la conozco poco, pues en lo que llevamos de trimestre es imposible tratar a fondo a todos los profesores de un centro, Sonia no parece de las que se andan por las ramas.

Es una mujer con carácter.

—Claro —dije—. ¿Pasa algo?

No me contestó enseguida. Recorrió el despacho con la mirada y dijo:

—Creo que es un niño demasiado feliz, María

—respondió con una sonrisa extraña.

No quise intervenir. Intuí que si había acudido a mí para

pedirme ayuda —y eso es algo que no suele ocurrir, a menos que un profesor crea que realmente hay un motivo de peso—, era porque efectivamente algo le preocupaba de verdad. Enseguida continuó:

—Me explico —dijo—. Objetivamente, Guille tiene muchos números para ser un niño conflictivo: acaba de cambiar de colegio, padres recién separados, solo se junta con las niñas, nada de fútbol ni de juegos demasiado físicos, muy poca relación con el resto de niños, cierta... hipersensibilidad que los demás no siempre encajan bien, aunque todavía no lo hayan verbalizado claramente, además de una inteligencia fuera de lo común. Por no hablar de esa obsesión con Mary Poppins que al principio me parecía hasta graciosa, pero que con el tiempo ha empezado a resultarme preocupante.

—Ya —dije.

—Y, a pesar de todo eso, es un niño feliz —declaró—. Extremadamente feliz.

—¿Y tú crees que...?

—No sé lo que creo, María —me interrumpió—. Solo sé lo que me dice la experiencia, y la experiencia me dice que el Guille que vemos es un niño que encierra a otro que no vemos.

Estudí con detenimiento la cara de preocupación de Sonia. Por lo poco que la había observado desde que había empezado el curso, me había parecido que era una de esas maestras que viven los problemas y las alegrías de sus alumnos como si fueran parte de ellas, quizá a veces en exceso, aunque no pueden evitarlo. En ocasiones son demasiado mamás con ellos y lo saben. Pero en las semanas que llevaba en la escuela nunca me había parecido que se hubiera equivocado en las apreciaciones que había compartido con el equipo docente.

«Extremadamente feliz», había dicho.

Luego añadió algo que acabó de decidirme:

—Creo que Guille, el Guille que vemos, es la pieza de un rompecabezas, María —dijo con expresión preocupada. Habló con cierta timidez, como si tuviera miedo de que yo pudiera pensar que había perdido el juicio. Fue casi una confidencia—. Y creo que debajo de esa felicidad hay un... misterio. Un pozo del que quizá esté pidiendo que le saquemos.

No supe qué decir. Cuando quise contestar, ella sacó de su bolso un sobre blanco y lo puso delante de mí, sobre la mesa.

—Te he traído esto —dijo.

Nos miramos durante un instante.

—¿Qué es?

Apartó la taza de té a un lado y apoyó los codos sobre la mesa.

—Son algunos dibujos y redacciones de Guille.

Ejercicios de clase, tareas... esas cosas.

Cogí el sobre y lo sostuve en alto. Ella alargó la mano, poniéndola encima, y negó con la cabeza.

—No es necesario que lo abras ahora —dijo, apartándose un mechón de pelo de la cara y soltando un suspiro de cansancio.

—Como quieras. —Dejé el sobre encima de la mesa, encendí el portátil, abrí mi agenda y busqué una hora de visita—. La semana que viene tengo un hueco por la tarde. Justo después de clase.

Sonia sonrió.

—Perfecto. Hablaré con su padre y te digo algo.

\* \* \*

Esa misma noche, después de cenar, encendí el televisor e intenté ponerme al día de las noticias o buscar una de esas series que sigo de higos a brevas y que me distraen un poco,

aunque después de unos minutos entendí que sería en vano. Seguía dándole vueltas a la entrevista con Sonia y cuando dejé la bandeja con los restos de la cena en la mesa del comedor, mis ojos tropezaron con el sobre que me había entregado antes de salir del despacho.

Por un momento, estuve a punto de apagar la luz e irme a la cama. Sin embargo, y a pesar del cansancio, pudo más la curiosidad.

Me preparé un té, volví al sofá, encendí la radio y sintonicé la emisora de música clásica que escucho siempre antes de acostarme. Luego me arrellané entre un par de cojines y abrí el sobre.

Volqué con cuidado el contenido sobre mi regazo y separé a un lado las hojas de papel de cuaderno escritas a lápiz y al otro, el montón de dibujos que Sonia había clasificado por fechas y que había grapado, convenientemente ordenados.

Decidí empezar por los dibujos.

Entonces comprendí.

**¿Te animas a leerlo completo?**

**CLICK AQUÍ**